

Por CARLOS JORGE LOTTI
(Profesor de Medicina en la
Universidad del Salvador)

medicina y mundo moderno

Como hombres, como cristianos y como universitarios, debemos situarnos ante la exigencia que nos plantea el mundo actual: tomar posición y actuar en él, asumiéndolo no como quisiéramos que fuese, sino tal como él es.

Un hecho se va haciendo evidente; el mundo moderno ya no existe, ha sido sustituido por otra realidad con un nuevo sentido y contenido. El mundo, pues, ha cambiado; ya no es el de ayer; y nosotros vivimos en el mundo de hoy, y *debemos* vivir en este mundo de hoy.

Ante esta realidad pueden tomarse, y de hecho se toman, tres actitudes distintas: o se trata de interpretarla, aceptarla y asumirla, o rechazarla, obstinándose en actuar como si viviésemos en un mundo que no hubiese cambiado, condenando sistemáticamente todo lo nuevo, o adoptar una tercera actitud: no percatarse del cambio, permaneciendo in-

conscientes de todo lo que ha ocurrido en estos últimos cien años. No hay duda de que la única actitud positiva es la primera: tratar de interpretar plenamente el mundo de nuestro tiempo y vivir en consecuencia, ofreciendo así también nuestro aporte a la clarificación del sentido de esta época. Para que esta actitud pues, sea constructiva, necesitamos tener conciencia cabal de lo que es nuestro tiempo, de lo que significa, de lo que nos ofrece y de lo que nos exige. Por eso es tan necesaria, yo diría imprescindible, una nueva visión del mundo al encontrarnos en esta actual situación crítica. En medio del caos en que hoy vivimos, agítanse impulsos de variada naturaleza que intentan dar a nuestra cultura, en aparente decadencia, un nuevo contenido. Esta situación de crisis que no respeta ninguno de los campos del saber actual, ha desembocado en la des-

orientación espiritual y la inseguridad. Inseguridad que es nota relevante del mundo actual, y que nace cuando, frente a nociones y realidades dadas, no somos capaces de penetrarlas y menos de dominarlas. Nace cuando llegamos a perder contacto con el mundo tal como lo habíamos considerado hasta ahora, porque no alcanzamos a comprender su transformación. La sensación de desamparo e impotencia que nace de semejante inseguridad engendra dos sentimientos característicos de nuestra época: el miedo y la angustia.

¿Y cómo era ese mundo de nuestros padres y abuelos? Era un mundo que podemos calificar como espacial, un mundo de tres dimensiones, que asumió su forma definitiva después del Renacimiento, un mundo en que tenían validez las palabras de Galileo: "Medir todo cuanto es mensurable y hacer mensurable todo lo que todavía no lo es". Se procuró medirlo todo con medidas físicas, fenómenos tales como el tiempo y otros que carecen de toda propiedad espacial. Así, se los constriñó muchas veces a la fuerza a ser convertidos en componentes de naturaleza física. Dominó un pensamiento que consideraba como válido lo mensurable, lo demostrable, lo racional de la ciencia y, lo que es más importante, consideraba como extremo opuesto y carente de validez a lo irracional y a los fenómenos no mensurables.

El abandono de estos puntos de vista, la bancarrota del determinismo materialista, del estrecho pensamiento de lo mecánico y causal, tema del que nos ocuparemos luego con mayor extensión, nos muestra un aspecto de esta radical transformación en la posición del hombre

frente al mundo. Por ello hemos elegido este tema, para procurar, en un esfuerzo de síntesis, concretar nítidamente algunas ideas y encontrar así las claves que nos permitan orientarnos en la época actual: trataremos pues de pintar, aunque sea sólo en grandes pinceladas cuál es esa imagen del mundo moderno que se está desmoronando; y, como médicos nos esforzaremos en analizar de qué manera la nueva concepción va influyendo en la Medicina de hoy.

Ante la magnitud del tema lo que expresaremos será sólo un balbuceo frente a esa misteriosa realidad, compleja y enérgicamente cambiante del mundo actual.

* * *

Para ofrecer una rápida visión de este trascendental cambio, citemos opiniones de algunos grandes hombres de ciencia:

Decía Haeckel, el gran biólogo y naturalista del siglo pasado, discípulo de Darwin: "*La ciencia de este siglo ha resuelto casi todos los grandes problemas planteados al hombre. Ya no irán quedando más enigmas en el Universo, y, gracias a la razón y a los descubrimientos de las ciencias nos acercaremos al conocimiento total de la verdad*".

Y Berthelot, el gran físico y químico: "*La ciencia moderna reclama hoy a la vez la dirección material, la dirección espiritual y la dirección moral de las sociedades*".

Pero veamos ahora las expresiones de eminentísimos hombres de ciencia actuales:

Eddington (Premio Nobel de Física) dice: "*La noción del determinismo mecánico ha sido derribada totalmente por las comprobaciones de Einstein*";

Von Weizäcker, físico y astrónomo, llega como conclusión de estudios a esta afirmación: *"El espacio y el tiempo tienen que haber tenido alguna vez principio"*; y en el campo biológico, Portmann sostiene: *"La vida es mucho más que ese complejo energético que registra nuestro conocimiento ayudado por las técnicas y los aparatos modernos: es inexplicada por leyes basadas solamente en la observación y experimentación de hechos"*.

Bavink, autoridad en física atómica, publica un libro que lleva por título: *"Las ciencias de la Naturaleza en camino hacia la Religión"*.

Y Jung, uno de los más profundos psicólogos de nuestros tiempos dice: *"La vivencia de Dios como arquetipo del ser, es a la vez lo más vital, y sobrecogedor que pueda ocurrirle a un hombre"*.

Imaginémonos estas cosas dichas en épocas de Haeckel, Renan o Comte: estos hombres de ciencia contemporáneos hubieran sido considerados por ellos como acientíficos, como retardatarios o como soñadores. Grandes investigadores científicos de nuestros días, hablan de Dios en una forma que hubiera escandalizado a la mayoría de los hombres de ciencia de hace cuarenta o cincuenta años. No traemos a colación estas citas para argumentar ninguna posición, en este momento, sino solamente para mostrar el evidente cambio en el pensamiento. Podemos hoy con Eddington, Sombart, Siegfried, Dawson, Weber, Jaspers, Gebser, Toynbee, Berdiaeff, Guardini hablar del fin de una época y del comienzo de otra. Se está operando una transformación en todos los dominios del saber. No se trata ya de una imagen modificada o corregida como ocurrió tantas veces:

sino que esta transformación actual nos lleva a una concepción completamente nueva del mundo.

Y comencemos con la Física. El maravilloso edificio de la Física moderna, que sobre los cimientos elaborados por Newton, Galileo, Descartes y Leibnitz, construyeron Helmholtz, Clausius, Lord Kelvin, Maxwell, se basaba en seis principios fundamentales: el mecanismo, el continuismo, el determinismo, la tridimensionalidad, la infinitud del espacio, la indivisibilidad del átomo y la irreductibilidad de materia a energía. Pues bien, a partir del comienzo de este siglo, todos estos principios van a ser implacablemente demolidos por la reflexión teórica primero y luego por la evidencia experimental, iniciando así la física su genial, apasionante y atormentada marcha presente.

El hecho más revolucionario de la Física actual, que la contrapone nítidamente a la Física clásica, no es tanto la teoría de la relatividad de Einstein, sino el descubrimiento por Max Planck a principios de este siglo, del "quantum" o "cuanto" de acción o de energía. De estos descubrimientos han surgido consecuencias tremendas: ya no rige en el ámbito de la Física, ni la continuidad, ni la causalidad, ni la objetividad pura. Frente a la mecánica de los cuantos el determinismo clásico no puede sostenerse, la continuidad del acaecer natural ha quedado interrumpida por discontinuidades que se sustraen a todo análisis. La física actual no puede sostener que ocurrirá con seguridad tal o cual cosa: sino solamente que existe la probabilidad de que este o aquel acontecimiento tendrá lugar.

Los átomos de Demócrito, indestructibles e inmutables cuya imagen perdura en la física moderna y en la mente de la mayoría de los hombres actuales, no existen ya para la física, que los considera sólo como una estructura dinámica y compleja. Recordemos la concepción actual del átomo con su núcleo y sus electrones, y en este núcleo partículas que se transforman unas en otras: protón en neutrón y viceversa. Estas partículas elementales pues, no poseen individualidad alguna. La física ha abandonado el concepto de sustancia sustituyéndolo por el de estructura: se ha llamado a esto —y fijémonos en su importancia— *la desmaterialización de la naturaleza*.

Desde Einstein la masa no es otra cosa que energía: la materia ya no es cosa muerta, es en sí misma actividad: se ha transformado en algo vivo. Dos electrones, positivo y negativo, en un momento se juntan, se aniquilan como materia y se convierten en energía pura: "un rayo gama". Una energía pura "rayo gama" al pasar cerca de un núcleo, a la inversa, se materializa en un electrón positivo y un negativo.

Lo importante es que el átomo o cualquier otra partícula elemental ya no significa el hecho fundamental y primario de la naturaleza física, sino que constituye un aspecto especial de un fenómeno mucho más general: el fenómeno de la discontinuidad cuántica. Lo fundamental, pues, es la presencia de *algo* que se sustrae por completo a la descripción con palabras o imágenes y a lo que aludimos cuando usamos la palabra discontinuidad. Este átomo actual está despojado de toda cualidad sensible, y sólo puede ser caracterizado mediante un sistema de fórmulas matemáticas.

La física actual, pues, advierte que las leyes naturales no tienen la significación puramente objetiva que antes se les había atribuido, y que en esas leyes hay algo de nosotros mismos. El mundo exterior pasa a través de un filtro que es la mente humana, que le agrega algo subjetivo, algo de nuestro modo de pensar y observar. La física se va convirtiendo así en un saber subjetivo y no objetivo. Y al haber perdido su anterior seguridad y su fe en la capacidad todopoderosa de nuestro entendimiento, ella tiene hoy conciencia de sus límites: podemos considerar a la famosa constante de Planck como la medida de la limitación de nuestra capacidad para conocer el mundo natural.

Como vemos, los físicos han aprendido a ser a la vez más profundos y más humildes. Más profundos, porque su análisis del cosmos llega ahora hasta zonas de hondura antes insospechadas. Más humildes porque sólo pretenden manejar los datos observados por su condición de físicos, sin entregarse a concepciones del mundo, y porque en cuanto hombres de ciencia no osan negar la posibilidad y la licitud de otros modos de acercarse a la realidad de las cosas.

* * *

Y pasemos ahora a la imagen del *cosmos* en el mundo moderno.

La concepción con que se encontraron los hombres al comienzo de la época moderna, que imperó en la Edad Media y cuyos rasgos esenciales provenían del saber de la antigüedad, era la de un mundo finito en el espacio y asimismo en el tiempo. Esa imagen claramente explica-

da por Aristóteles, Hiparco y Ptolomeo, fue completada con la representación cristiana, al asignarle una duración finita con un claro sentido: la historia de la humanidad es la historia de la caída del hombre en el pecado, extendiéndose hasta el día del juicio final. Frente a este mundo finito en el espacio y en el tiempo, hállese Dios como lo propiamente infinito. Al irrumpir los tiempos modernos y comenzar los nuevos descubrimientos se va haciendo cada vez más firme la idea de un mundo infinito y hasta de un número infinito de mundos. Se habla de un pasado cada vez más lejano y de un futuro que también se aleja cada vez más. Se llega así a la concepción del mundo infinito en el tiempo y en el espacio. Esta idea se fundó en los descubrimientos científicos de esa época, y lo interesante es, que la bancarrota de esos principios, se va a basar también en los hallazgos actuales de la ciencia. Y hoy, en cambio, se representa matemáticamente el espacio del universo como *finito*. Y hasta se concreta el diámetro de este espacio: sería diez veces mayor que la distancia a la nebulosa más lejana. Con respecto al tiempo, y por aplicación de los modernos conocimientos de la radioactividad se ha medido la edad de la tierra: es de alrededor de cinco mil millones de años, edad que aunque enorme es finita, y, lo más notable, es que existen sólidos argumentos para sostener que esta es la edad de todo el universo. Se admite hoy entonces una duración finita en el tiempo del acontecer universal: se postula que tiempo y mundo han comenzado juntos. No podemos concebir el "antes" de eso, pues tiempo y mundo no existían.

La concepción del tiempo y del espacio infinitos que significa transferir los atributos de Dios al mundo, es característica del pensamiento racional, científico y positivista del siglo XIX.

* * *

Y entramos ahora en la *Biología*.

Los apasionantes descubrimientos en la biofísica, bioquímica, hormonas, enzimas, virus, genética, constituyen un campo enorme e importantísimo de investigación, pero la dirección en que se investiga, los modos y métodos de trabajo, son orientados por invisibles actitudes espirituales, concepto que no está presente en la mente de la mayoría de los investigadores contemporáneos.

Hace unos años la teoría celular cumplió su primer centenario: se hizo particular referencia al estado de vitalidad de tal teoría. Sin embargo no se prestó atención a la intensa metamorfosis que dicha teoría ha experimentado. La biología se fundaba en una tendencia monista, intentando equiparar lo vital a los átomos y las moléculas. Presentábase así toda organización viviente superior como una unión de elementos simples, un agregado de células. Hoy el biólogo no acepta ya la idea de que un organismo sea un agrupamiento celular. La unidad vital no es la resultante de la unión de partes, de células a manera de un mosaico, sino que la unidad nunca interrumpida del plasma del óvulo, se subdivide luego en células. Concepción ésta diametralmente opuesta a la tradicional.

El biólogo actual sabe que las investigaciones de la Física y de la Química nos aclaran una gran esfera de los fenó-

menos vitales, pero nada nos informan sobre el objeto que propiamente nos interesa: *sobre el fenómeno vital en sí*.

Actualmente se sostiene la peculiaridad de la esfera vital: la vida es un fenómeno único, distinto, propio, que no puede medirse con la física o con la química. Lo decisivo de la actual posición estriba sobre todo en el respeto frente a lo enigmático del fenómeno de la vida.

Esa peculiaridad vital a que nos hemos referido es precisamente lo desconocido, lo inhallable, ese algo particular que hace de todo ser vivo lo que él es y que procede de una profundidad no espacial. Nos enfrentamos pues con algo ultraindividual, que tiene que ser estudiado en lo *no* dimensional; se convierte así en objeto principal de las investigaciones lo *cualitativo*, lo que se ha dado en llamar la *interioridad* del ser vivo, y no lo *cuantitativo*.

Justifícanse, sin embargo, los esfuerzos que se realizan para idear nuevas técnicas, tratando de medir lo cualitativo, pero teniendo bien en cuenta que esa traducción de lo cualitativo a cuantitativo no refleja el ser de las cosas vivas. La interioridad del ser vivo no puede transformarse nunca en algo cuantitativo. Estamos hablando de biología general, pero notemos la aplicación importantísima que va a tener esto cuando lo transportemos a la consideración de la biología y psicología humanas.

Debemos tener siempre bien presente que los magníficos hallazgos de la biología, ya sean fisiológicos, histológicos, embriológicos, bioquímicos o biofísicos constituyen sólo signos o manifestaciones sensibles de algo que está por debajo: el *fondo vital* que nos es inalcanzable di-

rectamente. Los fenómenos biológicos comprenden pues, problemas que van mucho más allá de la pura ciencia experimental.

Esta posición que confiere un valor moderado a los resultados experimentales no significa una postura negativa o escéptica, sino que es la actitud que corresponde a esta nueva concepción de la grandeza y del misterio de la realidad viviente.

* * *

Y, por la biología nos deslizamos ya al tema *del Hombre y a la Medicina*.

Comenzaremos por exponer la transformación operada en el planteo del problema del cuerpo y del alma, lo que nos lleva a la consideración de la imagen actual del hombre.

Todo médico en el ejercicio de su profesión tiene que orientarse según una determinada imagen del hombre. Fracasa en su cometido si cree poder prescindir de ella al basarse en una modalidad exclusivamente pragmática en su labor. El que practica verdaderamente la medicina, cual un navegante que busca su camino guiándose por la Cruz del Sur, tiene siempre en medio de sus múltiples tareas cotidianas su mirada vuelta a esa imagen última del hombre. Y en ese contemplar esa imagen, esa interioridad del hombre que tiene delante, todo médico se convierte, ya lo sepa o lo ignore, en un buscador de la verdad.

En el curso de su evolución la medicina, tendiendo a convertirse en una disciplina independiente hubo de desligarse de la teología y de la filosofía. Pero ello no significa, como se lo ha interpretado

erróneamente, que la medicina no haya de tener otra orientación que la que le señalen los hechos materiales. Apoyados en comprobaciones de la física, de la química o de la fisiología se creyó poder penetrar el ser del hombre, comprender la esencia de la vida humana. La medicina veía la enfermedad como un fenómeno biológico primario y que debía tener su causa en lo orgánico. Esta idea que la acompaña desde hace más de cien años y que hoy comienza a desmoronarse, sigue impregnando, sin embargo, a la medicina actual.

Se le plantea a la medicina el problema de establecer si, en rigor de verdad, todo lo que sí ocurre en el hombre constituye efectivamente un hecho biológico.

Hemos visto antes que grandes físicos como Von Weizäcker y March sostienen que la física es hoy más una ciencia del hombre que de la naturaleza. Cuánto más verdadero será esto respecto de una ciencia como la medicina en la que el hombre es el objeto de sus investigaciones. Deslumbrados por la rápida sucesión de descubrimientos de las ciencias biológicas en su aplicación al hombre, los médicos del siglo pasado consideraron al alma como algo pequeño e insignificante y, sobre todo, por la imposibilidad de aplicar a su estudio los métodos de investigación de las ciencias exactas, desapareció del campo de las consideraciones, y hasta se sostuvo que la psiquis era un producto secundario del organismo físico. De ahí el estancamiento producido en el conocimiento del hombre, y en el proceso de la psicología y de la psiquiatría. Se sabía, como dijo Rosier, *"mucho sobre el organismo y casi nada sobre el hombre"*.

Se advierte en los tiempos actuales una tendencia cada vez más acentuada a postular una medicina que estudie al hombre en su totalidad. Sin duda que esto plantea una exigencia un tanto romántica, un tanto soñadora. Ni la Medicina ni la Antropología pueden tener la pretensión de abarcarlo en su complejidad total. Pero esta posición señala una tendencia que se basa en tomar en cuenta todas las realidades propias del ser humano, a muchas de las cuales nunca se las había considerado.

Al aumentar el número e importancia de los hechos particulares descubiertos aumenta en grado paralelo la necesidad de una interpretación de conjunto de todos ellos, *de una síntesis*. Nace así la llamada medicina antropológica o de la persona, superación de la medicina psicósomática. Aún esta última conservaba todavía la dualidad cartesiana de cuerpo y alma, aunque, eso sí, se interpretaban sus influencias recíprocas. Hoy se ha superado esa oposición entre lo anímico y lo corporal: así, Alexander, psiquiatra moderno, expresa que *el cuerpo y el alma no son más que dos formas distintas de expresión, de un algo único*. Esto, que nos parece una de las últimas conquistas de la medicina y psicología actuales, fue expresado, bueno es recordarlo, ya en el siglo XIII por Santo Tomás, cuando dijo: *"El alma no es la sola esencia o sustancia del ser humano. El hombre es una unidad de cuerpo y alma, no un alma en un cuerpo"*.

Por lo tanto es necesario entender bien que esta nueva concepción de la medicina no implica únicamente tener en cuenta en el hombre como realidades importantes a lo anímico, lo afectivo, lo

instintivo, lo histórico, sino que aún *lo corporal* está lleno de sentido profundo.

Y así nos damos cuenta por qué, al enfrentarnos con el concepto todavía dominante en la medicina actual, nos surge la exclamación: "La medicina no es, ni puede ser sólo eso, no basta con eso".

Estas ideas que hasta hace poco eran sólo patrimonio de algunas mentes profundas empiezan ahora a cobrar fuerza evidente. No son ocurrencias fortuitas de algunos pensadores: reflejan la misma situación espiritual que se le presenta al hombre contemporáneo en todos los aspectos de su actividad y pensamiento, constituyendo un hondo fenómeno de nuestra época.

Reconozcamos, sin embargo, que el modo típico de representarse al hombre, la ciencia moderna, en que éste es considerado como una máquina biológica, ha aportado grandes beneficios para su conocimiento, pero ha dado ya todo lo que podía exigírsele.

Vamos viendo así cómo el problema de la relación cuerpo y alma ha dejado de constituir el objeto de una controversia académica para convertirse en el elemento central del pensamiento actual sobre el sentido de la vida humana; pero no sólo de la vida humana en el sentido abstracto, sino de nuestra vida, de la vida de cada uno de nosotros. Tal retorno del alma al escenario médico se debe a muchos factores, algunos de los cuales ya hemos mencionado. La obra de Freud ha influido indirecta y secundariamente, pero el psicoanálisis ha hablado sólo de represión, fijación, conversión, sublimación, tensiones, instintos, pero no ha considerado a lo psíquico y a lo físico como

realidades ontológicas, con sus leyes categoriales propias.

* * *

Vivimos en el mundo de la técnica, sumergidos en ella. Esto ya es un lugar común para los actuales pensadores y filósofos. La técnica ha llegado a llenar el espacio que antes llenaba la naturaleza. Entre la naturaleza y el hombre se interponen hoy mil máquinas: desde nuestro reloj pulsera hasta la más grande red aérea. Se configura así lo que Guardini ha denominado "el mundo no natural". Esta técnica creada por el hombre y que parece que ya lo estuviese dominando, penetra inexorablemente en su alma y cambia su vida. No podemos ni debemos, sin embargo, renunciar a la técnica en una actitud impulsiva y romántica.

El médico, por muy caritativo y humano que sea, si desconoce las técnicas más eficaces y modernas, no será útil a sus semejantes; no será por lo tanto humano. La Medicina ha incorporado en los últimos tiempos técnicas de enorme valor diagnóstico y terapéutico. Ya no sólo se investiga en el nivel de las células y microbios: se buscan ahora alteraciones genéticas, enzimáticas, moleculares. La histoquímica, la electrónica, la física atómica, están al servicio de la Medicina. La ciencia médica actual necesita profundizar cada vez más esas técnicas, perfeccionarlas, y tratar de aplicar los últimos descubrimientos de otras ciencias. Hay que incorporar y utilizar, y *sin miedo*, las técnicas modernas. En ello no hay ningún peligro, y sí muchas ventajas, si el médico trata a la técnica como

una servidora y no como un amo, como ayuda para él y para el enfermo y no como esclavizadora. En una palabra, que la técnica sea dominada espiritualmente por el hombre. No hay que oponerse, pues de ninguna manera a su aplicación como postulan algunos médicos actuales, que añoran la "vieja clínica": no, no podemos ni debemos en este mundo actual hacer "vieja clínica", sino que hemos de hacer nueva, novísima clínica.

Esta nueva clínica es evidente que no se va a apoyar solamente en la aplicación de esas modernas técnicas, pero va a necesitar de ellas. Por otro lado, aquellos que por creerse muy modernos, ven en el hombre sólo leyes físicoquímicas y como tal lo tratan, no están haciendo medicina de nuestro tiempo, creo que esto ya ha quedado bien claro, sino una medicina anacrónica y ya superada.

Pero queremos advertir también contra los propugnadores de la llamada "Medicina hipocrática": no podemos, de ninguna manera volver a la época de este ilustre griego: han pasado desde entonces muchos siglos que han significado un enorme avance para las ciencias y para la Medicina, y cuyo valor no puede desconocerse desde ningún punto de vista.

Vemos aparecer, así, en la formación actual del médico una polaridad aparentemente paradójica: por un lado debe profundizar mucho su ciencia y las ciencias de la Naturaleza: biología, física, química y hasta matemáticas, y por otro lado debe ahondar su formación psicológica, filosófica y religiosa.

Es que, aunque a muchos les parezca extraño, la Medicina se ha visto envuelta, de pronto, en la grave cuestión del ser y del destino del hombre.

No nos deberá extrañar, pues que, por ejemplo, un gran psiquiatra contemporáneo termine un capítulo de su libro sobre tratamiento diciendo "que para el equilibrio de la psiquis lo esencial es la aspiración hacia lo alto, hacia lo trascendente, la nostalgia de lo angélico en el hombre".

* * *

¿Cuál es el futuro de esta nueva Medicina? ¿Conseguirá armonizarse con la Medicina clásica en ese tipo de médico a que nos hemos referido, o aumentará la escisión, la distancia entre el médico super-técnico y super-especializado pero deshumanizado y frío, y el psicoterapeuta de vocación casi religiosa? Para responder a ello tendríamos antes que saber si el hombre de hoy, también dividido y escindido en lo más profundo de su ser, va a conseguir superar esta disociación íntima y, si nuestra sociedad y nuestra cultura que participan igualmente de esa honda escisión van a lograr armonizarse en una unidad más elevada, ya sea a través de guerras, cataclismos y crisis como lo estamos padeciendo, o en forma paulatina y razonable.

Sin embargo este nuevo tipo de médico, tan lleno de amor a sus semejantes como de curiosidad científica, ya existe y se lo encuentra si miramos con ojos agudos a nuestro alrededor. Al personalizarse en ellos esta nueva concepción nos confirma que esto es signo de los nuevos tiempos, pero además un buen signo, un signo de esperanza.

La Medicina ha avanzado mucho científicamente y ha adquirido poco a poco conciencia de sí misma y, al caer en

cuenta que es más que una ciencia se va convirtiendo en una *filosofía del hombre*.

El mundo moderno fue el mundo del conflicto entre la sabiduría y las ciencias con el triunfo de estas últimas. La medicina actual sabe que ya no puede ser ciencia sola, que tiene que ser también sabiduría; para ello tendrá que reconciliar la más alta y perfecta ciencia con esta sabiduría, en una armonía vital y espiritual. Se verán entonces aparecer los grados del saber específica y jerárquicamente distintos: se verá que un mismo impulso que se transforma, pero que permanece siempre como el impulso del espíritu en busca del ser, atraviesa todas las zonas del conocimiento, desde las más simples o complicadas investigaciones del laboratorio hasta las especulaciones del metafísico y del teólogo, y aún hasta la experiencia superracional y la sabiduría de gracia de los santos.

Es necesario reconocer la autonomía de la ciencia, pero, al mismo tiempo, su justo lugar en el orden de los valores, respecto a formas más elevadas de conocimiento.

La Revelación enseñó al hombre que corre el peligro de perderse por el mundo y su obra: sabe que hay sólo una cosa única necesaria.

Siempre pudo el hombre, en todas las épocas, juzgar con esta luz el valor y autenticidad de la cultura que le tocó engendrar. Pero esa luz venía desde fuera de la cultura: hoy la duda y la crítica provienen, como se deduce de todo lo que hemos expresado, de la cultura misma.

El Médico actual en su intento de curación al hombre en forma total debe,

a la par que utilizar todos los recursos que la ciencia y la técnica ponen en sus manos, volcar en ese hombre que tiene delante, en el que reconoce un hermano con su realidad ontológica y su misterioso destino, lo mejor de sí mismo en amor y caridad.

Considerará a la enfermedad como una prueba, algo que hace entrar al hombre en crisis, que lo desequilibra por algún tiempo hasta volver a llevarlo a ser el mismo, pero en una mayor plenitud. Prueba que lo pone de nuevo ante la pregunta de *qué es el hombre en sí mismo*. Y este no es otro que el tremendo, el gigantesco tema que corre a lo largo de las Sagradas Escrituras, desde Adán al Monte de los Olivos, como una cordillera cuyas cimas se llaman Job, David o Simón Pedro el Apóstol.

Ante ese hombre enfermo podría alguna vez el médico sentir al tentador, que le susurre al oído, como la primera vez y como siempre, la frase que halague su vanidad y su soberbia: "Serás como Dios".

Y como si fuera un Dios, pretenderá, con su sola ciencia, dominar el sufrimiento, ahuyentar el dolor, vencer a la muerte... Que no olvide entonces ese médico que no sólo eso se le pide. Que recuerde que Cristo, el hijo de Dios no vino a la tierra a suprimir el sufrimiento sino a llenarlo con su presencia salvadora. Que al acercarse al hermano enfermo tenga presente también que además de su ciencia el sufrimiento ajeno le exigirá siempre el supremo don de su presencia compasiva, henchida de amor, rebosante de caridad, *"que es más fuerte que la muerte"*.